

LO QUE FALTA Y LO QUE SOBRA.-En la Evolución de la Cultura Cubana.-

J. M. Carbonell. 18 vols. Habana 1928

CONFESAMOS nuestro desencanto después de la lectura de los dieciocho volúmenes con que el señor Carbonell nos ha abrumado; ni por el título pomposo ni por gran parte de las producciones que contienen, corresponden a la excelstitud del motivo.

El autor, de cuyos talentos esperábamos un esfuerzo mejor logrado, malgasta el tiempo como un mero compilador de escritos en prosa y composiciones en verso, de muchos de los que entre nosotros, desde 1808, hasta nuestros días, han cultivado las ideas y aun en este simple designio falla el señor Carbonell, miembro distinguido de la Academia Nacional de Artes y Letras, pues que incurre en lamentables omisiones, olvidando figuras eminentes y en imperdonables generosidades, cuando incluye a innominados portaliros y prosadores sin nota como probaremos más adelante, ayunos del divino poder creador y por lo mismo, incapacitados para recibir las consagraciones de la Antología, honor que no se discierne sino a escasos elegidos.

Es fácil emprender y dar cima a tareas biográficas y bibliográficas, sorprendiéndonos con el hallazgo de datos perdidos o completamente ignorados, aunque en libros de la importancia de este que nos ocupa, las descripciones de tal jaez, como hace notar el competente e insigne profesor argentino don Ricardo Rojas, anárquicos y fragmenten la exposición o apenas muestren la sucesión externa y material de las "vidas". Lo que resulta difícil, y para ello se requieren especiales y felices aptitudes, es consumir el empeño de una crítica personal y honda que, penetrando en la selva encantada del acervo de las ciencias y las Artes asegure el "virtuosismo" de ponderación discreta y necesaria que fije con certeza los valores reales, aquílatando en la justa medida.

Mientras que aquello es labor de escaso brillo y poca trascendencia, esto es harina de otro costal, puesto que se juzga a los hombres y a las creaciones de su mentalidad, teniendo en cuenta que para seguir el vuelo ascendente de la curva evolutiva de los pueblos hay que estudiar las vidas y las obras en el instante y en el medio en que se producen.

El señor Carbonell, académico de ambas Academias, inicia los sendos volúmenes que dedica a la Poesía Lírica, con una extensa noticia, 146 páginas, de carácter narrativo más que crítico, espléndida de citas, pero sin que de esa narración, interesante en otros aspectos se infiera lo que debe inferirse de un análisis del ambiente, relacionado con la evolución de la cultura en Cuba, porque no se trata de un estudio reflexivo y metódico sobre las sucesivas gradaciones de la educación científica y estética de la sensibilidad y refinamientos sociales, describiendo el clima literario y los gustos colectivos; tomando como punto de partida para rompería tan simpática por los predios mentales, la fundación de las ciuda-

des primevas, de la Universidad, del Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio y de los primeros colegios con su marcado sabor teológico y sus clásicas disciplinas, o el predicamento de la Prensa, desde las incipientes hojas hebdomadarias, hasta los grandes cotidianos actuales: DIARIO DE LA MARINA, El Mundo, Herald de Cuba y El País o el de los pretéritos mensuarios, bimestres, etc., en que vaciaban sus ideales sesudos los viejos próceres letrados, hasta las notabilísimas revistas coetáneas, Social, Orto, Bohemia o Carteles, que traducen fielmente las ansias de nuestro tiempo atormentado, sin pasar por alto las influencias en el espíritu público, de sociedades de ideal y progreso como la Económica de Amigos del País, el Liceo de Guanabacoa o el Ateneo de La Habana.

Escrita la obra para dar la sensación de conjunto de una pródiga cosecha intelectual, qué menos podían exigirle al autor los lectores medianamente preparados que una introducción explicativa de las corrientes ideológicas que dieran pautas y normas al desarrollo del pensamiento en Cuba?

Por virtud del discurso liminar que así discurrese, desde los tímidos balbuceos folklóricos, atravesando por los pesados retoricismos y la dura insensibilidad de la era clásica y por las ideas filosóficas que privaron en ciertas épocas, analizando la intervención renovadora de las diversas escuelas literarias, romanticismo, realismo y modernismo, con sus varias ramificaciones: parnasianos, simbolismo, decadentismo, etc., se lograría la radicación y filiación, por valorizaciones lógicas, del carácter representativo de cada escritor; el señor Carbonell divaga en comentarios de estas orientaciones por los dominios del verso sin abordarlos en los de la prosa, donde tuvieron fuerza y eficacia decisiva.

Pero, aún hay más. Siendo contemporáneo el movimiento llamado vanguardista y ya copiosa su contribución a las letras vernáculos, como lo atestiguan publicaciones de la envergadura de 1928 y la página dominical del DIARIO DE LA MARINA tal liminar crítico al conocimiento de los cubanos sobresalientes en el campo de la Ciencia y de las Artes, no estaría completo sin una referencia a tan interesante modalidad, en el amor de la cual despuntan vocaciones serias, injustamente preteridas por el señor Carbonell al excluirlas de su obra, donde lucirían mejor que otras, por los talentos indiscutibles y la reputación bien ganada, y además, porque son abanderados en el intento loable de hallar nuevas formas estéticas en las que contener la innovadora y juvenil inquietud, plena de audacias creacionistas.

DE LA LIRICA

A primera vista comprendemos que el coleccionador del abundoso florilegio que se nos ofrece, en los

cinco tomos que llenan la poesía lírica, no tuvo en mientes aquella tendencia de selección que en rigor ha de informar, tanto por la seriedad del asunto como por el prestigio de las patrias letras, los trabajos de esta índole.

Numerosas de las composiciones que aquí aparecen, no responden, ni por la novedad de la expresión, ni por la refinada cenestesia—alma del verso—ni por los atrevidos arranques imaginativos que dan los quilates del poeta, al criterio universal de gracia y encanto, de ardorosa fantasía y bríos, de profundidad y misterio que caracteriza este género de la creación artística, independiente de la estructura material del lenguaje y que seguramente es lo que suspende el ánimo, nos produce asombro y deleite, eternizando en el tiempo, con nuevo vigor y lozanía los cantos de los verdaderos aponoidas.

Fuimos y seguimos siendo, por especiales rasgos étnicos que acentúan la posición geográfica, condiciones climáticas y naturaleza del territorio y por las imposiciones del destino histórico, rigiendo la psíquica isla—el dolor y la angustia provocan las amargas y líricas lágrimas—un pueblo de poetas y versificadores fáciles, pero no tanto como para justificar la presencia de la tropa que desfila por estas páginas, sin haber sentido nunca la sed implacable que apenas calman las aguas claras del manantial de Aganipa o las turbias de la fuente Hipocrene, proyectando las insignificantes imágenes desvaídas por encima del recuerdo de los ilustres ausentes olvidados.

Si como creemos es la calidad y la fecundia lo que confirma o destruye las reputaciones bárdicas, o cualesquiera otras de especie intelectual, podemos afirmar entonces que huijano, por lo menos, tres de los volúmenes que ahora comentamos; nos salen al paso, nombres que jamás constituyeron esperanzas de remotas realidades, con el desgarbo y desaliño de unas estrofas en las que no se atisba el pálido destello de la inspiración emocionada ni regalan el oído con las divinas músicas verbales. Un criterio antológico más severo, menos dúctil a las complacencias, hubiera desechado algunas piezas que por carecer de buen gusto y dar pruebas de mental inferioridad, como expresaba Manuel de la Cruz, "maltratan y humilan la fama".

Ramón Vélez Herrera, sin concisión, López de Briñas, incorrecto y vulgar; Fornaris, Nápoles Fajardo, Julia Pérez Montes de Oca, Pablo Hernández Acosta, Rodríguez Cáceres, etc., no logran ciertamente acercarse a las regiones de la poesía; Martín Mir, M. de la Torre de la Villa, Julio González, M. Alvarez Soler, Mariano Ramiro, Sofia V. Rodríguez, Enrique Cazade, Paulino G. Báez, Foncueva, Eugenio Amador Sánchez Gómez Carbonell, J. M. Bériz, por no proseguir la interminable lista, no se hacen notar en ningún momento por el dominio o la destreza en el manejo del glorioso instrumento, teniendo muy poco que

ver, desde el punto de vista de la Belleza, con la evolución de la cultura cubana.

En cambio no vemos una sola composición de Manuel del Socorro Rodríguez, que José Antonio Saco admiraba y elogió. José María de Heredia y Girard, el más formidable sonetista parnasiano de Francia, una nación que como hace notar Máximo Gorki, refiriéndose a Anatole France, no se la sorprende con el genio, apenas merece una cita, regalándonos con los versos que en castellano escribió en homenaje de aquel otro grande Heredia lo que se nos explica en las breves palabras que acompañan, a guisa de biografía, el retrato de Augusto de Armas, el de las Rimas Bizantinas, diciéndonos que escribieron en francés; Armando Godoy, que en París glorifica el nombre patrio y en la lengua de Hugo doma el corcel lírico, desbrozando las sendas de la inmortalidad seguramente no aparece por la misma causa; en consecuencia con este juicio restrictivo, tampoco Joaquín Albarrán debiera figurar en la galería de los hombres de ciencia nuestros. Sin embargo, no podrá ocultarse que Heredia, Girard, Augusto de Armas y Armando Godoy, influyen directamente en la evolución de la cultura criolla, porque al despertar en sus paisanos la natural admiración que sus talentos imponen, los obligan no solo a seguirlos sino a calorizar el noble anhelo de superarlos.

Notamos la falta de Manolo Estrada, que fué dueño de su número... y de los coevos, quemados hasta el hueso mortal por la fiebre vaticana, Paco Rodríguez Mojena, Héctor Poveda Sánchez, Cecilio Serret, Nicolás Guillén, José Machado, Quesada Torres, Juan F. Sariol, Rogelio González Ricardo, Angel Cañete Vivó, Luis Aguilar Poveda, Clavijo Tisserand, etc., etc.

Abundando en la opinión, humildísima, por ser nuestra, nos confirmamos en la idea de que al confeccionarse esta importante obra, no rigió un plan selectivo, tal vez porque como declara el compilador, no lo ha permitido la premura del tiempo en que se llevó a término, a pesar de que hay derecho a exigirlo, tratándose de un trabajo de pensamiento que ensaya a resumir la "Evolución de la cultura en Cuba"; demostraremos el peligro de las festinaciones en estéticos menesteres tomando como paradigma al propio señor Carbonell que incluye entre los suyos, versos que, a no estar tan segura y bien cimentada su personalidad poética, la estremecerían.

DE LA ORATORIA Y DE LA PROSA

Componen estas dos secciones de las seis en que está dividida la Evolución de la cultura en Cuba, diez tomos; cinco para la oratoria, con prólogo de 17 páginas, en letra mayor y cinco para la prosa, con un liminar de tres páginas. Como por lo regular, nuestros oradores han sido a la vez prosistas enjundiosos, historiadores, periodistas combatientes, profesores universitarios, jurisperitos o poetas, para los efectos de estos comentarios y en honor a la síntesis los agrupamos con aquellos esclarecidos paisanos que sin haber culti-

vado la palabra en público, dominaron la pluma en los varios géneros que var del Ensayo a la Novela.

Advertimos que en un solo volumen de la prosa están contenidos los ensayistas, los articulistas de costumbres los de impresiones y los periodistas. En otro figuran la Novela, el Cuento y la Leyenda; en otros, los episodios, la historia y los anécdotas; en otro, los temas jurídicos, los de educación y los científicos; el último es una miscelánea de páginas literarias. No hay espacio para el drama, para la comedia, para las obras teatrales que han tenido en Cuba distinguidos oficiantes.

Con nuestros tribunos sucede algo parecido a lo que decíamos de los poetas y versificadores: los da la tierra con inusitada esplendidez, y sobran aquí, por eso, unos cuantos que no se alcanzan por el señorío de los secretos resortes de la lengua ni por la capacidad que es menester para las lides de la elocuencia a aquella altura condigna del conductor de muchedumbres o del brillante expositor de ideas, quienes por invisibles caminos establecieron entre los auditores entusiastas o atentos, el hilo tenso de su magnetismo personal.

Como la primera manifestación de la oratoria en Cuba, fué la sagrada, se echa de menos a Francisco Javier Conde y Oquendo, autor de un laureado elogio a Felipe V; Rafael del Castillo Sucre, maestro consumado en el manejo del idioma y gobierno de los afectos humanos; Juan Bautista Barea, Montes de Oca, J. A. Agüero, Fray Remigio Cernadas, que ejercía fascinación sobre su auditorio, Pedro Arburu y el Presbítero Doval (1).

Manuel de Quesada, C. F. Agramente J. de Palma, Pedro Santacilia, Urbano Sánchez Hechavarría, Ricardo Lancis, Tomás Estrada Palma, Mariano Corona Ferrer, Edelman, Pon y Abrahantes, Jorge Mañach, García Galán, etc.; no son oradores aunque las actividades de sus vidas los hayan llevado a escalar tribunas, pero lo eran, y elocuentísimos. Rafael María de Labra, abolicionista, José Lorenzo Castellanos y Alfredo Betancourt Manduley, que el compilador no recordó, sin duda.

Sería demasiado lato, ahora, en un artículo impresionista, escrito para la prensa periódica urgida de laconismo, expresar, nombre por nombre, la cohorte de escritores que esmaltan esta Antología y que no pueden ser considerados ni de cuarto orden en una valorización liberal de méritos, mientras que faltan inúmeros que si han ejercido predicamento en la literatura cubana. Ejemplos:

Francisco de Arango y Parreño.—Magistrado y Estadista, "que disputa a Saco la palma de estadista, que como él escribe y hace historia y que le iguala, sino le aventaja en el arte de escribir. La dicción de Arango es pura y esmerada; sus períodos llenos, rotundos y armoniosos; su elegancia sencilla y severa; sus pensamientos discretos y sobrios; su forma, en fin, es griega, de corte y sabor clásico. (2)

Sus obras principales son las siguientes: Noticia sobre la comisión diplomática al Guarico, Observaciones sobre el ensayo político por el Barón de Humbolt, Extracto del espíritu de las leyes de Montesquieu y

Observación sobre el viaje de Anacarsis. Cuba le es deudora; como a pocos, de adelantos en la industria, el comercio y la instrucción pública.

Tomás Romay, médico célebre e introductor de la vacuna en Cuba; merece mencionarse su elogio del General Las Casas y su artículo La Conjuración de Bonaparte.

Calixto Bernal que, como Saco, de quien era adepto, fué un vigoroso polemista; autor de las siguientes obras: Impresiones y Recuerdos, Pensamientos sobre reformas sociales, Teoría de la Autoridad, El Derecho.—"Son realmente admirables sus teorías sobre el derecho de insurrección y el capítulo en que demuestra el funcionamiento fácil del sufragio universal". (3).

Francisco de Frias, Conde de Pozos Dulces. Patriota insigne, economista, agrónomo y político. Autor de la memoria sobre "si la destrucción del reino animal lleva consigo la del vegetal y vice-versa". Fué director de El Siglo, 1863, desempeñando un gran papel histórico; al ser confiscados sus bienes se dedicó en París a escribir para los periódicos de la América Latina; algo de singular habría en su estro, cuando pudo vivir de tales labores; murió en dicha ciudad en 1877, haciendo votos por la pronta emancipación de su patria. Dice Manuel de la Cruz al referirse al Conde: Todos sus artículos reunidos constituirían el cuadro acabado de un estado de la conciencia cubana la vida del Partido Reformista etc."

José Morales Lemus.—En uno de los libros de Enrique Piñeyro, pudo el compilador encontrar datos de formar en una antología de escritores cubanos.

Manuel Dionisio González.—Historiador de Santa Clara, publicó una magnífica historia de aquella ciudad.

Paul Lafargue.—Autor de El determinismo económico de Karl Marx, Le Droit a la peresse, La evolución de la propiedad, en inglés. La propiedad, El matriarcado y unos diez libros más, comprobadores de una superba cultura.

Rafael Cruz Pérez.—Historiador de Sancti Spiritus.

Emilio Sánchez. Historiador, autor de unas interesantes Tradiciones trinitarias.

Juan M. Dihigo que tiene una copiosa producción en materia filológica y que está publicando en los Anales de la Academia de la Historia, el Léxico Cubano.

Pedro Mendoza Guerra.—En la Biblioteca Nacional, pudo el compilador encontrar datos y escritos de este periodista que también fué orador notable.

General Calixto Enamorado, autor de dos interesantes novelas históricas.

Willy de Blanck, que ha publicado una novela, cuentos y crónicas.

Francisco López Leiva. Novelista. publicó Los vidrios rotos y Don Crispín y la comadre, cuadros de costumbres llenas de color y de verdad.

Selim Armada.—Publicó una intensa novela: La buena vida. Dejó inédita otra: La conquista de La Habana. Fué periodista de empuje.

José Sixto de Sola, del que hay un libro fundamental, Pensando en Cuba. El trabajo de ese libro, acerca

del pensador argentino José Ingenieros, es sencillamente notable.
Francisco González del Valle que tiene estudios muy serios sobre nuestro pasado colonial ensayos medulares. Ha publicado libros y folletos de valiosa investigación histórica, valientemente cubanos. Es de la contextura moral de Luz Caballero y Saco. La colección de Cuba Contemporánea y los Anales de la Academia de la Historia, pueden suministrar más información.

Alfredo Aguayo, uno de nuestros mejores pedagogos y autor de muchas obras de carácter didáctico.
Domingo Figarola Caneda.—En la Biblioteca Nacional hay noticias bastantes para demostrar que el mejor bibliófilo que hemos tenido, merece un puesto, por su producción, en cualquier Antología.

Jesús Masdeu Reyes.—Novelista; autor de La raza triste y La Galleja; ha cultivado con éxito el periodismo.
Juan C. Zamora, que ha publicado El Estado y el Ejército, Derecho Constitucional; Japón. Derecho Constitucional: Cuba y diferentes trabajos literarios y científicos.

Carolina Poncet.—Autora de libros de investigación literaria.
Enrique Gay Calbó.—Autor de La Intromisión norteamericana en Centro América de La América indefensa y de estudios y conferencias pronunciadas en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, Cuba Contemporánea y en las principales revistas del país.

Manuel Villaverde, que ha escrito La política en Cuba La Rumba, novela y algunos libros más publicados.
Bernardo Callejas Castillo, periodista de pluma vibrante y bien cortada.
Luis E. Santiesteban, novelista, autor de Los Senderos del oro, La que no quería amar, Un beso en el huerto y Una triste.

Julio César Gandarilla, que publicó un libro de combate contra la ingerencia yankee.
Simón Poveda, autor de la novela Nydia y Fidel.
Calixto Masó, diligente investigador histórico, Cuba Contemporánea.

Ramón S. Varona, autor teatral, de quien se habla en el trabajo de Salvador Salazar tomo 18.
Andrés Alcalá Galiano, Denis.—Publicó mucho en los periódicos. No hizo libros pero esparció su enorme talento en bellas páginas literarias, fácilmente encontrables.

José Fatjó.—Periodista y escritor de gran cultura y seriedad.
Juan Francisco Sariol, literato, uno de los más serios propagadores de cultura en la región oriental; sostiene hace quince años la revista Orto y es director de la Biblioteca Martí, editorial cubanísima, que lleva publicado libros de Enrique José Varona, José Manuel Poveda, Ghirardo Jiménez, Juan Jerez, Villarreal, Navarro Luna, Francisco Rodríguez Mojena y otros más.

Julio Villoldo, que ha escrito cuentos estimables y ensayos de alta política.
L. Frau Marsal, ensayista y periodista.
José Z. Tattet, notable poeta de hoy.

Félix Lizaso.—Ensayista de los mejor orientados.
Francisco Rodríguez Mojena, escritor y uno de los mejores periodistas nativos.

Ricardo Sarabaza, escritor sobre cuestiones jurídicas. Cuba Contemporánea.
Felix Soloni, periodista y novelista. Autor de las novelas Merced y Virulilla.
Manuel Marsal, escritor y novelista.

Salvador Massip, autor de notables obras geográficas.
Justo Parrilla, geógrafo.
Manue de Jesús Lastra, periodista y literato.
Juan Arnao, poeta y escritor revolucionario.

Héctor Poveda Sánchez, escritor de luces propias. Cuba Contemporánea.
Jorge Le-Roy Cassá escritor científico.
Luis A. Baralt, escritor y poeta.
Raúl Roa García, ensayista.
Armando Roa, autor de libros.
Jorge Roa, periodista.

Ambrosio, Fernando, José Z. y Martín González dal Valle, todos los de esta familia merecen respecto por su dedicación a ideales de alta cultura.
José M. Cabarrocas, que tiene labor literaria y científica de carácter jurídico.

Federico de Córdova, Luciano de Acovedo, investigador literario de valía, por la exquisitez de los temas y la exactitud de sus datos.
Félix Pérez Porta, que ha escrito enjundiosos trabajos sobre problemas de Derecho.
Enrique Palomares y otros que se escapan a la memoria pero de ejecutoria y méritos positivos.

MUSICA

La música, cuyo culto en nuestra tierra ha tenido y tiene geniales hierofantas, por lo que su evolución en la Isla requiere estudio acucioso, destacando cuantos factores hayan contribuido a su auge, no se la trata aquí con el método y la claridad que tema tan llamativo y sugeridor reclama; unos ensayos de inteligentes musicógrafos, que no enfocan sino aspectos parciales de la cuestión, apenas arrojan luz, saliéndose del marco en el que se debiera aprisionar, en síntesis atrevida—ya que parece rehuirse adrede el análisis de las personalidades y sus obras—las múltiples facetas del problema; acaso entonces por esta luminosa concepción, sería factible capturar el secreto que en el laboratorio de los siglos empuja o detiene el progreso, entreándonos la clave del enigma donde se gastan los afanes creadores, desde los simples aires pristino, hasta las complejas modalidades en boga. Pero esto corresponde a los designios del genio y nuestra fortuna precaria no nos ha deparado la merced que sepamos, de honrarnos con dádiva tan excepcional y rara, aunque si hemos tenido, de acuerdo con el medio, excelentes y originales compositores.

No puede nadie hablar del desarrollo del arte musical en Cuba, sin que deje de referirse, pongo por caso, a José Faílde, "creador" del danzón; como tampoco podrán ocultarse los nombres de las cumbres máximas: Nicolás Ruiz Espadero, José White, Lico Jiménez e Ignacio Cervantes, los que en su época tuvieron la sanción de los más renombrados críticos europeos, triunfando en los centros más civilizados y exigentes del Orbe; Brindis de Salas, Díaz Al-

berñi Emilio Puyans, Nin, etc., han conquistado a golpes de talento, un lugar en cualquier reseña, que de las Bellas Artes se escriba en Cuba: a pesar de ello, no se les tiene en cuenta.

El Canto del Esclavo, de Espadero, inspiró a Montoro, en memorable discurso pronunciado años ha, en el teatro Payret, uno de los más elocuentes períodos oratorios que recordamos en lengua castellana... De White, existen seis Estudios técnicos para violín, instrumento de que fué virtuoso, dedicados a los Maestros Alard, Sivori, Vierteps Wimaski, Leonard y Arango, los que según opinión de expertos en la materia, no los ha escrito mejor ningún hijo de este Continente. Fué Director del Conservatorio de París.

De Lico Jiménez, el Maestro Tomás dió a conocer en esta ciudad, en una serie de conciertos, sus obras principales y de Cervantes, son demasiado conocidas sus danzas para que insistamos.

El señor Carbonell, en el Post Scriptum con que cierra su obra Evolución de la cultura cubana", dice soberbio y enfático: "Orgulloso me siento de mi labor, para la cual no pido excusas fundadas en la premura del trabajo; de antemano declaro que no la hubiera superado—en lo que de mí depende—haciéndola en diez años. Con esto quiero decir que he procedido a conciencia y que los defectos y lunares de que adolece son consecuencia de naturales deficiencias, no de la precipitación o causas semejantes".

Magnífico! Nosotros opinamos que aún tratándose de una de esas extrañas inteligencias enciclopédicas protéticas en sus actividades, la obra, por sus proporciones y sus alcances, debió elaborarse pacientemente, depurando en el crisol de la crítica serena y en el consejo de los eruditos e Investigadores, todo cuanto mereciera publicarse en una Antología, hecha con el propósito de enaltecer y propagar el conocimiento de los valores legítimos de la mentalidad cubana en los diversos géneros que la completan; realizada así la valiosa contribución, sobrarían estos reparos, gozando el señor Carbonell de los laureles de la victoria, indemne en la atmósfera de su grandeza, al molesto torcedor de las responsabilidades.

Mayo de 1923.
 (1), (2) y (3). Manuel de la Cruz. Reseña de Movimiento Literario de la Isla de Cuba. (1730 a 1890).

*D. Marina
 Mayo 20/23.*